

# ARTE Y VIDA



## CINEMA

Es el cinema un arma formidable, a veces noble, a veces insidiosa y traicionera. Altru envenenado. No basta con decir que el cinema es arte y quedarse tan tranquilos, no. Es preciso reconocer su fuerza persuasiva y su poder coaccionador; el cinema no resume «arte por el arte», sino que es arte, como la guerra puede serlo—arte triste—, como el crimen puede estudiarse como «una de las bellas artes», según Tomás de Quincey. Resumamos que el cinema, nuestro cinema, debe ser esgrimido hoy como empuñamos el fusil o la pistola, no como lo empuñaron y los empuñan los que asentan por la espalda las libertades de la colectividad.

El arte de compaginar fotogramas, dotando al conjunto de un vigor casi corpóreo, de una espiritualidad casi trest y de un dinamismo

casti vertiginoso, es privativo de unos pocos hombres excepcionalmente dotados y entrenados constantemente en la técnica y los recursos de su oficio. Ningún advenedizo puede lograr otra cosa que un plato de fotos más o menos luminosas—si el objetivo de la cámara es bueno—y que se sucedan sin ritmo, sin gracia y sin un adarme de poesía en imagen y en contenido.

Es por esto por lo que hemos de salirnos al paso a cuantos fracasados o incapaces quieran ahora poner en evidencia, una vez más, sus ausencias y sus incapacidades enciclopédicas. Y, sobre todo, cuando tipos así, que se presentan y pudieran presentarse cada día, no han sido nunca nada en el palenque de la pugna social—o si han tomado parte ha sido como derrotados, como regresivos, como derrotistas de la causa del trabajo, en la que no creían como virtual y posible, y de cuyos postulados esenciales hacían mofa, mientras unos pocos HOM-BRES regaban las calles de Barcelona con su sangre generosa. No, no es posible que declinemos un deber de crítica anarquista y revolucionaria.

No pueden estar los elementos de producción—cuando esta producción podemos catalogarla hoy como material de guerra—en manos dudosas, blanduzcas, afeminadas y sin los callos del oficio, y los callos de este oficio rector de la imagen filmada están en el cerebro. No puede ser que nosotros, los anarquistas, hagamos de la producción de nuestra misión propagandística en torno, sobre y delante de las conquistas revolucionarias de la hora. Y como el horno no está para bollos ni nosotros hemos templado nunca ninguna quita, anunciamos seriamente que los anarquistas producirán films y los producirán contando con los elementos de base obrera y capacidades técnicas de valor creador probado, no entregándose en manos serviles y adipladas—como el camuleón—a los colores dominantes en el campo revolucionario del día actual.

«Obras son amores y no buenos razones», ha dicho no sé quién. Nuestras obras cantan ya,

en donde no han sido solapadamente boicoteadas, un hito creador y unas estrofas vigorosas. A esta prueba de que el talento individual, apoyado y conyugado por las masas de individuos obreros—no gregarias—es siempre garantía de producción genial, seguirán otras de valor más acusado y lineamientos más precisos. Esto será una prueba de que ciertas jugadas no son posibles en los medios que siempre han mostrado las cartas boca arriba. Los anarquistas tenemos hoy la plena responsabilidad de la marcha revolucionaria en todos los frentes de lucha.



Cuando el Estado se encargó de pagar las atenciones de enseñanza siguió el maestro sin poder comer; a pesar de las exageraciones que se difundieron cuando Romanones hizo que se pagara el sueldo de los maestros a cargo del presupuesto general, los maestros eran poco menos que unos indigentes. No era una vergüenza que un maestro cobrara como un peón caminero. Lo vergonzoso era que un peón caminero y un maestro no cobraran lo necesario para vivir.

Con todo, hay que reconocer que la falta de retribución era sólo uno de los defectos del sistema. Además de no ganar para vivir, los maestros no tenían libertad. Se veían espiados y dominados constantemente por el caciquismo feudal del pueblo y por las autoridades todas; por la brutalidad de muchos pupileros que se sentían autoritarios con el maestro y humildes con el cacique; por los clérigos y por los inspectores oficiales, hechura éstos de las oligarquías gobernantes, como aquéllos de cualquier obispo trabucante.

Era, por desgracia, cierto también que muchos maestros, la mayor parte, eran indigentes de dedicarse a la noble función pedagógica porque vivían constantemente arrojados. Hubo un tiempo en que el maestro servía de *hazme reír* en el teatro presentado como tipo cómico y suplicante. Hubo otro tiempo en que el maestro era casi siempre un inválido dedicado a enseñar por la razón misma de su invalidez, sin vocación y sin condiciones de competencia. Si los maestros todos hubieran sido competentes y dignos, de nada hubiera servido la ofensiva del Estado, porque se hubieran amparado estrechamente contra el caciquismo y la plutocracia. En vez de hacer esto, lo que hacían era pertenecer formalmente a una Asociación de carácter nacional, regional o local para adherirse a todos los ministros y pedir escalafones más abiertos a la retribución. Nada conseguían más que burocratizar a las Juntas de sus Asociaciones. Un maestro gana hoy como hace quince años y tiene un horario absurdo de trabajo, al margen de toda conveniencia de carácter profesional y pedagógico.

El Estado fué siempre corruptor de la juventud. El Magisterio adicto al Estado y mal pagado por éste fué con claras excepciones—el que no se preocupó del analfabetismo de los adultos. En algunas comarcas catalanas y valencianas donde el maestro estimuló la enseñanza de adultos apoyado legitimamente por los particulares se conoce en la casi ausencia de analfabetismo. En todas las regiones de España hay ejemplos de esta compensación privada, al margen del Estado, entre los vecinos de un poblado y el maestro. Y completamente al margen del Estado queda patente el magnífico ejemplo de las escuelas libres sostenidas por grupos culturales populares sin interferencia política ni religiosa. No podemos menos de reconocer que en este sector de la enseñanza hubo anomalías, pero hubo sobre todo labor ejemplar y eficaz, empezando por la Escuela Moderna, de Ferrer, mejorada posteriormente y superada en todos sus aspectos.

Los camaradas anarquistas han de procurar que la enseñanza sea ahora un derecho asequible para todos y no controlado por ningún poder oficial, sino por la verdadera cultura pedagógica, y sobre todo moral; por la asociación antipolítica y antiautoritaria. La mejor pedagogía, la más solvente, está hoy de acuerdo con los más puros principios libertarios en repudiar la autoridad, y la cultura es, por esencia, lo contrario de la rigidez, puesto que ésta se hereda o bien se adquiere sin esfuerzo directo, mientras que la cultura requiere actividad propia y trabajo personal.

Así, pues, si la mejor pedagogía es la anti-autoritaria y la cultura no puede adquirirse sin trabajo propio, nuestros principios son los que informan la nueva pedagogía. Conviene que lo digamos a todo pulmón y que acreditemos en la enseñanza, lo mismo que en la lucha, la solvencia insuperable de nuestras ideas.

## LO QUE SOBRABA Y LO QUE FALTA

# El nuevo régimen del espectáculo y su complemento

El nuevo régimen del espectáculo nos ha producido alegría. Todo cuanto podíamos esperar se va realizando. En las salas son gratuitos todos los servicios, acabándose con la rutina de las propinas. Queda suprimida la revista y también se prohíben los manejos de contaduría, de la misma manera que desde ahora es sólo un recuerdo la existencia de la *claque*. Se acabó también con la entrada de favor.

Con haberse conseguido todos estos beneficios a los que siempre aspiró el estamento popular, queda mucho que hacer, aun contando con que el Sindicato de la especialidad tiene el control económico del espectáculo, quedando suprimido el empresario y quedando suprimidas también las irritantes desigualdades en los sueldos, la vanidad hinchada del divo y los coros de aduladores.

... Pero el espectáculo conserva a veces, a pesar de estas mejoras, su carácter pornográfico. Todavía se dan revistas, una vez colectivizado el espectáculo, en las que la *sigallpsia* es el único plato fuerte, corruptor de la juventud, atracción para la vejez verde.

Todavía se dan películas frívolas, en las que únicamente desfilan estrellas nubladas y ases decadentes, propagando modas no menos decadentes y difundiendo el veneno pornográfico, la vanidad de los trapos y la gestificación equívoca.

Si todavía hemos de ver en los teatros esos tipos que hacen muerca de invertido, francamente, de poco habrá servido colectivizar el espectáculo.

Otra lacra de éste, consiste en la desigualdad de precio de las localidades. En el régimen de clases que tan rudo golpe acaba de sufrir, el teatro era un tormento para el espectador de modestos recursos económicos, quien se veía arrumbado en el gallinero, sin posibilidad de oír ni ver, molestando a los vecinos y siendo molestado por éstos.

Algún día de Barcelona, ya se anticipó a suprimir la desigualdad de localidades, construyendo todas las de la sala en condiciones aceptables y fijando un precio único por asiento. Esto es lo que interesa hacer ahora: desmontar el gallinero de cada teatro y hasta los asientos numerados que no reúnan perfectas condiciones acústicas y ópticas. Aparlo de hacer una excelente obra social, se favorecerá la higiene y hasta la seguridad del espectador. Atendiendo a estas consideraciones, lo que in-

teresa es revisar las salas y condenar al fuego no pocas de éstas, las que fueron construidas sin más objeto que favorecer la rapina de los especuladores. ¿Que faltarian salas? Podrían construirse en adelante, siempre con material incombustible y especializadas para su destino: pantalla, teatro de esconarrio y, dentro de éste, lírica, drama, etc. Todo ello, teniendo en cuenta que el espectáculo no puede ser ya una cosa inmóvil. La falta alro libre. ¡Por qué en verano, por la noche, no ha de haber espectáculos abiertos al alro libre, a los cuatro vientos? ¡Y por qué lo que se hizo parcialmente con los



esconarrios ambulantes, llevándolos académicamente de pueblo en pueblo, no ha de hacerse ahora sin peñantería, por infelicitativa y resolución de los elementos que intervienen en el espectáculo? De acuerdo podrían ir con posibles espectadores que viven diseminados por España.

Ya que se han suprimido aquellos uniformes grotescos de superintendente impuestos por las empresas a los empleados para satisfacer la estupidez de clerio público impresionable, amigo de tener siempre ante los ojos indumentaria de carnaval, convendría que se difundiera la necesidad de acabar con el divo no sólo suprimiendo su escandaloso sueldo, sino también demostrando con hechos que no es necesario para conseguir los más altos efectos de belleza expresiva. Hasta ahora el divo cantaba o recitaba entre desdichados comparsas que sólo estaban en escena para acompañar al personaje de campanillas, ni más ni menos que las odaliscas acompañan al sultán en el serrallo. Pero

toda obra debe tener sentido en conjunto, sin ensanchar caprichosamente un papel para que se luzca un divo como un emperador entre súbditos.

Todas estas sugerencias han de ser estudiadas para revisar los repertorios hechos a base de divos y procurar la transformación radical del espectáculo. De nada servirá colectivizar el espectáculo inepto, frívolo, corruptor o escapistico. Si las estrellas siguen exhibiendo sus pichugas bovinas y sus muslos gradientes o canchales; si los divos nos dan obras de serrallo, es igual que el espectáculo se colectivice como que no. Siempre será un instrumento de amoralidad. Pero en adelante no se le podrá echar la culpa al burgués, sino al público degenerado que prefiere lo escapistico a lo cultural, y a los elementos de la colectivización, que no piensan, primero y preferentemente, en llenar las salas con el público que no quería ir a presenciar espectáculos inmorales. Hay que licenciar a quien se permita seguir considerando el espectáculo como un muestrario de pornografía.

Escuelas, escuelas... ¡No aquí el nuevo grito, ahogado aún por los estampidos de la lucha contra el monstruo fascista.

En la España vieja, la escuela era una irritación, una burla. Todos recordamos que el maestro era un pobre forzado a quien el Estado tenía desamparado al Municipio. Tan sólo en el campo los trabajadores sostenían al maestro llevándole productos de la tierra. Apenas podía comer.

